

CHIARA ZAMBONI

Acción e inaudito en la política de las mujeres.*

Durante la mayor parte de nuestra vida nosotras actuamos. Estamos ocupadas haciendo algo. En ello hay una condición que no es sólo una constricción, sino un placer. ¿Pero sabemos lo que hacemos mientras actuamos? ¿Cuándo una acción es libre y cuándo no lo es? ¿Por qué escoger hablar de acción?

Es cierto que las mujeres sienten gran estima por las palabras pero tienen, quizás incluso más, una grandísima estima por hacer. Desde el hacer más cotidiano, como el de preparar una cena, hasta el de dar forma a un ciclo de música, a una exposición de pintura o a un congreso de filósofas.

¿Por qué las mujeres sienten esta pasión por el actuar, por el hacer en todos sus aspectos, desde lo concreto hasta lo cultural? ¿Por qué más las mujeres que los hombres?

Aquí doy una respuesta, y es una respuesta que me hace entrar en juego personalmente. De hecho, también es mía la experiencia que cuento cuando hablo de las mujeres. Cuando uso los términos “las mujeres” y “los hombres” estoy haciendo una apuesta de significado partiendo de los significantes “mujeres” y “hombres”, que por sí solos

* Traducción del italiano de Margarita Checa.

están vacíos. Tengo confianza en hacer esta apuesta de significado cuando hablo de mujeres y hombres. De hecho, pienso que el texto que escribo es suficientemente abierto de modo que, los hombres y las mujeres que lo lean, estarán o no de acuerdo con lo que he afirmado. También un texto puede abrir al que lo lee a posiciones diferentes a partir de una apuesta de significado.

La respuesta que doy es la siguiente: la experiencia práctica mantiene un vínculo con las cosas, que es vital porque las modifica y se deja modificar por el contexto en un intercambio continuo. Permite, en otras palabras, un ir y venir donde la transformación es tanto activa como repentina. Se entra en una intensa relación con el mundo en que vivimos. Las mujeres tienen con los contextos materiales un vínculo mayor que los hombres.

¿Por qué?

Françoise Dolto, psicoanalista y pensadora, afirma que los seres humanos viven pulsiones pasivas y activas. En las mujeres son más fuertes las pulsiones pasivas a causa de una continuidad con la madre.¹ Ahora bien, añado yo, las pulsiones pasivas tienen que ver con el actuar. Parece paradójico, pero no lo es. De hecho, las pulsiones pasivas tienen que ver con un tipo de acción, que es bien diferente de la acción que se proyecta por completo en la realización de un proyecto.

Dolto dice: las pulsiones pasivas son vividas por las mujeres en continuidad con la madre. Quiere decir que la continuidad con la madre —y su mundo— es vivida como un tejido subterráneo sin que sea preciso darle una forma desde fuera. Las mujeres viven pasivamente tal continuidad sin que se advierta la necesidad de intervenir activamente para darle a ésta una representación.

La madre, dándonos la vida y enseñándonos a hablar, nos abre al mundo. La continuidad que las mujeres advierten con respecto a la madre se extiende al mundo. Con él las mujeres sienten una continui-

dad que se expresa en el padecimiento de las relaciones con los demás y con las cosas. Tampoco en este caso sienten la necesidad de dar una forma, una expresión a este vínculo continuo con el mundo, porque ése, ciertamente, es subterráneo, aunque insistente.

Esto es anterior a toda conciencia. Es anterior a toda categoría.

En esta condición de subterránea continuidad con el mundo, la acción se percibe intensa por parte de las mujeres cuando mantiene vivo y articula siempre de nuevo este vínculo. Se siente desarraigada una acción que, por el contrario, proyecta el mundo, con la voluntad lo transforma, sin pararse en tener un intercambio con él.

Solamente así me explico el retorno insistente del tema del actuar en el saber de las mujeres.

Comenzando por las filósofas. Y en este punto pienso en las grandes filósofas del siglo XX como Simone Weil y Hannah Arendt que, de maneras distintas, han situado en el centro de sus reflexiones un cierto modo de concebir la acción, muy diferente a un acto de voluntad que proyecta el mundo.

Esta inclinación se encuentra de nuevo clarísima en el movimiento de las mujeres de los años 70 y 80, al menos en Italia y Francia que son las dos realidades que conozco mejor. La política de las mujeres ha sido y es una política fundada sobre prácticas. La práctica de la autoconciencia, la del inconsciente, la de la relación – sólo por nombrar algunas. Prácticas que se renuevan en el tiempo. Éstas extraen su fuerza del saber dar expresión a los sentimientos que iluminan lo real. Así también me explico una cierta inclinación femenina a imaginarse la propia experiencia organizada alrededor del hacer. Con Diótima, la comunidad de filósofas de la Universidad de Verona con las que trabajo, hemos preguntado a diversas mujeres sobre su experiencia. De sus repuestas, publicadas en *El perfume de la maestra*, emergía lo siguiente: su experiencia estaba representada por los momentos más significativos de sus vidas, y éstos tenían que ver con lo que les había

sucedido actuando en períodos largos. Claramente hablaban de momentos particularmente significativos, que rompían con la monotonía de la repetición, que iluminaban de sentido sus vidas. Pero era ese hacer complejo que implica pensamiento, elecciones, pasiones, el que estaba en el centro de los relatos. Y esto era siempre así, tanto si preguntábamos a una enfermera, a una bedela o a una maestra.²

El actuar, por tanto, renueva el vínculo pasivo y afectivo con el mundo, lo desarrolla, lo transforma. Es una continuidad con ese vínculo que lo renueva a través de un intercambio con los otros y con las cosas. Es por eso que en él hay deleite.

Hay deleite precisamente porque hay intercambio y se despierta de nuevo el tejido de relaciones pasivas que está en el fondo, se pone en funcionamiento. Es como si en esa ocasión el mundo viniera a nuestro encuentro.

El ejemplo más convincente del deleite que hay en el hacer, se encuentra en la actuación de las artistas. Éstas muestran un cierto tipo de relación con la cualidad propia del material con el cual interaccionan que es poética. Intentan y vuelven a intentar un color –las diferentes luminosidades del amarillo–, un elemento como la madera, con su porosidad de grados diversos. Adoran un tejido por la cantidad de posibilidades que ofrece: por su suavidad o rugosidad, por su crujido, por el tornasolado de los reflejos o la absorción de lo oscuro. Las relaciones con los otros y con el mundo son tan importantes que renuncian a la obra si ésta les lleva a interrumpir los vínculos que se han creado.³

Es obvio entonces, que el actuar que, por el contrario, rompe las relaciones con el mundo porque lo proyecta en transformaciones que se superponen a la realidad en lugar de acompañarla, no conlleva ese deleite. Pienso banalmente en quien proyecta autopistas perfectamente rectas en un paisaje de colinas dulces y sinuosas, que necesitan de carreteras que acompañen las curvas del paisaje. O en quien propone

leyes de reforma de la escuela, sin tener en cuenta la valiosa experiencia de los profesores, acumulada durante tiempo. Estas reformas consideran a los profesores y a los estudiantes como meros peones de ajedrez: mujeres y hombres sin alma, sin necesidades ni sentimientos, a los cuales disponer de uno u otro modo sobre un gran tablero de ajedrez.

Quizás también haya deleite en este actuar desarraigado, pero entonces es el deleite de quien se siente un dios omnipotente, encerrado en su soledad.

Llegados a este punto, quisiera hacer una pequeña reflexión sobre la libertad. Cuando lo que se hace se proyecta antes, es una simple ejecución, entonces el hacer no es libre. Es sólo un instrumento para alguna otra cosa. Instrumento que no conlleva memoria, que se tira después de ser usado.

En cambio, cuando la acción se considera un proceso en el cual sucede algo vital entre nosotros y el mundo, entonces la acción misma se convierte en el centro simbólico de lo real. Por un lado, se acoge la dependencia del mundo y, por otra, al mismo tiempo, se mantiene con él un juego libre, como una danza.

También cambia la relación con el tiempo. El tiempo del proyecto se proyecta hacia adelante, en un futuro por realizar, respecto al cual la acción es sólo instrumento, por lo tanto, vive en un presente de papel de seda, un presente que simbólicamente no existe. No es nada.

En cambio, el tiempo de la acción que es juego libre, tiene la plenitud de lo que ocurre en el presente. Con todas las derrotas y fracasos que pueda haber y que forman parte del proceso mismo.

Cuando el actuar se ve como un proceso, entonces hay escucha de lo que acontece de imprevisto. De hecho, un evento se sopesa en el alma en una pausa de silencio interior. El silencio interior permite poner

atención al sentido de lo que ha acontecido. Es en ese momento cuando el alma lo comprende como un hecho inaudito que, a diferencia de la escucha apresurada, puede parecer un hecho como tantos otros, sin particular importancia.

La escucha de lo inaudito lleva a transformar la acción, a elegir caminos insólitos respecto a los que nos habíamos prefijado. Caminos no codificados simbólicamente. El presente, que imaginábamos de cierta manera, muestra en su interior momentos distintos, ricos en potencialidades imprevistas.⁴

Entonces el mundo se presenta como una granada, llena de granos que no son visibles desde fuera.

Hay hombres que han considerado el actuar como un proceso. Pienso en Gregory Bateson, por ejemplo. Y, sin embargo, veo que para los hombres es más difícil desplazar la atención hacia el proceso y el saber que se extrae. Están más dispuestos a mostrar los resultados objetivos de una acción. En ellos está muy marcado el impulso de medirse con los demás hombres en relación a los productos concluidos, determinados y circunscritos.

Esta inclinación va al unísono con la pasión de los hombres por la visibilidad. Como si ellos existieran por lo que hacen: por una obra que resulte visible a los demás. Y en este punto se examina nuevamente la división tan clara y precisa que ellos realizan entre lo público y lo privado, entre lo visible y lo invisible. Lo que permanece invisible en el actuar no tiene importancia para ellos.

En muchas mujeres observo atención al proceso de actuar, a los intercambios que acontecen durante este recorrido, al valor de las relaciones que estrechan haciendo esto. La realidad es que las mujeres van y vienen de lo privado a lo público, de lo visible a lo invisible. Ellas sienten estos dos aspectos como dos elementos de un único proceso.⁵ Lo advierto en mí misma: la obra, el resultado es importante, pero no

tanto como para sacrificar las relaciones por prisa por llegar al resultado; esto queda como algo fuera de lugar, y que me deja fuera de lugar. A la larga me hace descarrilar.

Durante el proceso de actuar, mucho de lo que sucede se deja en el fondo y no se le da ninguna forma. Esta indeterminación, en general, no se percibe como negativa por parte de las mujeres.

El fondo oscuro del actuar, que queda sin forma y sin palabras que lo expresen, tiene que ver con las pulsiones pasivas.

Las pulsiones pasivas son el tejido en la base del actuar. Son la trama esencial de la cual la acción individual después es el urdido.

Este tejido básico depende de un padecer los vínculos con la realidad, de un soportarlos en el sentido etimológico de *sufrir*, es decir, *sub-fero*, que significa "llevar encima" de uno mismo.

Lo cual comporta atravesar la necesidad del mundo tal como es. Padecerla. Sufrirla.

Un buen ejemplo de lo que estoy diciendo lo da María Zambrano. Zambrano reconoce a la poesía la capacidad de padecer la realidad. En *Filosofía e poesía* escribe que los poetas soportan que las cosas amadas puedan no realizarse. Hablan de ello sin protegerse de este dolor. Precisamente por esto logran restituir, en el actuar de la escritura, la singularidad de la cosa en toda su fragilidad. Los filósofos, por el contrario, estimando de la misma manera lo real, han intentado defenderse del dolor de su pérdida, salvando las singularidades estimadas en el mundo de las ideas. Es cierto que de este modo se han protegido del dolor de lo real, pero actuando así han cortado las relaciones con él.⁶

De esta manera mostraba Simone Weil en los *Quaderni* cómo padecer la necesidad del nacimiento, de la muerte de las cosas, del desarrollo

inexorable del tiempo, de la copresencia del bien y del mal en este mundo permite la apertura de otro plano de la realidad. Un plano completamente diferente pero que está precisamente en este mundo.⁷

La pasividad no excluye, obviamente, el conflicto: puedo combatir lo que no considero justo, precisamente porque padezco las distorsiones de una realidad que conozco. Si los hechos del mundo han sido acogidos en el alma, soportados, entonces la acción conflictiva no está desarraigada. Tiene sus propias raíces en el haber acogido la realidad.

Por ejemplo, puedo tomar partido en contra de la guerra, pero después de haber sopesado en el alma o, si se prefiere, en el silencio interior, los eventos, llevándolos a su sentido y substrayéndolos de los significados dados. No antes. No a priori.

Llegados a este punto, quiero decir lo que he aprendido de Cristina Faccincani, que ha escrito en *El perfume de la maestra* sobre su experiencia como psicoanalista. Empiezo citando lo que ella dice: "Pertenería a este estado de pasividad la posibilidad de *partición* del alma de otro. Naturalmente, se trata de algo enteramente distinto, diría que opuesto, respecto a aquellas formas de confusión con el otro en que, por ejemplo en el sentimentalismo, el Yo destaca y la alteridad del otro se cancela violentamente, y nadie puede surgir. En el estado de *pasividad como partición* se daría, por el contrario, una forma de saber propio de la afectividad, un saber del afecto al otro lado de todo saber. El modelo podría ser el estado de gestación, la relación mágica del niño y de la madre durante la gestación; mágica porque está unida a una especie de acto de fe en la condición de imposibilidad de control. La pasividad no es individual: podemos ser activos estando solos, en cambio, podemos ser pasivos solos o en compañía de una o más personas.⁸

Padecer los vínculos con los demás y el mundo es un compartir. Lo cual significa que lo que hay de pasivo en el actuar no es individual, sino que es participación en una condición de existencia, en un evento, en un

momento histórico, en una dificultad. Esto acontece antes de toda reflexión o pensamiento que podamos hacer sobre ello.

Sirve como modelo para esto la primera experiencia, sin comparación, que hemos tenido en la vida. Aquella en la que hemos venido al mundo: nos hemos formado al nacer en relación con nuestra madre. Y de nuestra madre dependíamos por entero y con confianza.

Quisiera destacar la diferencia de paradigma. Normalmente se afirma que la acción se da fundamentalmente en relación con los demás y con el contexto, mientras que los momentos de pasividad son solitarios. En cambio, aquí afirmo: los momentos de pasividad, que forman el tejido de fondo de la acción, son compartidos con los demás y con las cosas, sin que de tales vínculos nos demos cuenta. El urdido, que crea algo sobre este fondo de pasividad es, en la acción, el momento más individual, más unido a la intención y a la elección. La acción, en su conjunto, es "justa" cuando el urdido del acto individual tiene en cuenta la pasividad compartida con otros y con el mundo.

Son estas las acciones "justas" que las mujeres a veces saben hacer. No siempre. No cuando se adecuan a los modelos masculinos de acción, separándose de su padecimiento del mundo.

La política de las mujeres en Italia ha valorado este actuar femenino que tiene sus raíces en los contextos. Lo ha tomado en consideración mostrando cómo éste es el terreno fértil de prácticas políticas. Ha mostrado su valor simbólico. Lo ha interpretado a la luz de una apuesta política de transformación de nuestra relación con una realidad, que es compartida de manera diferente por los hombres.

La conciencia política es un saito simbólico, pero que pocas mujeres llevan a cabo. Por ello la apuesta todavía está completamente abierta, completamente por jugar.

Desde esta perspectiva es interesante entender cómo las prácticas

políticas se crean y también luego se apagan, no se cumplen. Puedo describir esto en la política de las mujeres en Italia, que es la que conozco mejor.

Una práctica política nace siempre en una situación de fracaso, de *impasse*: hasta ese momento lo que se hacía tenía sentido y restituía el sentido a la relación con el mundo pero, desde un cierto momento en adelante, se vuelve repetitivo. La repetición es una manera de decir que nuestro intercambio con el mundo no nos restituye el sentido de lo que estamos haciendo. La actuación se vuelve vacía, mecánica.

Algunas mujeres en los años 70 inventaron la práctica de la autoconciencia, manteniendo encuentros entre ellas para hablar sobre ellas mismas y sobre su relación con la realidad.⁹ De esta manera se apartaron de la mirada y de los discursos de los hombres referentes a las mujeres. Era un modo para escapar del fracaso de un discurso que circulaba sobre las mujeres y que no se correspondía con ellas. En aquel momento hablar entre mujeres sobre sí mismas comportaba el deleite de decir finalmente lo real. Todo esto se hizo con la conciencia política de transformar con su gesto la relación con hombres y mujeres y, por tanto, la relación con lo real. La calidad política de su gesto lo diferenciaba de aquel tipo de habla entre mujeres por amistad que siempre, también antes, se había dado pero que no había sido asumido como un actuar que pudiera transformar la propia relación con la realidad y, por tanto, la realidad misma. No había sido acogido como una manera de hacer política.

A mediados de los años 70 esta misma práctica, tan revolucionaria en sus inicios, se agotó. Poco a poco comenzó el aburrimiento de tantos relatos amontonados uno junto a otro, sin que nada más vital aflorase. Lo testimonian las mujeres que fueron protagonistas.

Para algunas, el paso a la práctica del inconsciente presuponía la práctica de la autoconciencia, aunque se llevaba a cabo de manera diferente, porque implicaba entrar realmente en el razonamiento de

otra, hacerle ver lo no dicho, los elementos convencionales, las verdades a medias.¹⁰

Como vemos las prácticas, del mismo modo que nacen empujadas por una situación de constricción, de necesidad, también se agotan. Declinan. ¿Cómo es eso? El motivo no es tanto la pérdida de la fuerza de los inicios, de la vitalidad de los momentos en que surgió. Éstas tienen vitalidad mientras haya deleite en el intercambio con lo real y las prácticas muestren un movimiento de lo real. Por eso son simbólicas. Pero si no se cumple tal intercambio no se cumple su capacidad simbólica.

Cuando se está en una situación de *impasse* porque el mundo ha enmudecido de sentido, aunque estemos rodeadas por una infinidad de mensajes contradictorios, estamos obligadas a pensar en otro actuar. En otras prácticas. Cuando se toma un camino se está sólo en los inicios, no se sabe hacia dónde nos llevará. Y, por consiguiente, se pone a prueba el nuevo actuar político poniéndolo en acción. Aprendiendo de lo que se hace. Y expresando en palabras lo que se descubre, tanto en el caso de que esto nos parezca que ilumine lo real, como en el caso que nos parezca que lo cubra con un velo, impidiéndonos relacionarnos con ello.

La diferencia entre estas prácticas y cualquier actuar común es la conciencia de transformar políticamente la propia relación con el mundo y, por tanto, el mundo mismo.

También he visto producirse esta dinámica en ámbito no feminista. En algunas entrevistas Naomi Klein, punto de referencia de entre los más importantes del movimiento en contra de los efectos negativos de la globalización, hacía la misma observación. Hablando sobre algunas prácticas de puesta en marcha local de acciones de demostración, sostenía que éstas habían agotado su sentido, y que hacía falta encontrar otras nuevas y diferentes. Igual que en el feminismo, en este caso se trataba de prácticas locales que habían dado paso a un movimiento

no local. Pero también es cierto que Naomi Klein ha tenido una madre feminista y que, por tanto, conoce las prácticas del feminismo.

Lo más peligroso que hay en las prácticas es identificarse con la acción. Por esto entiendo pensar que se está completamente en la acción que se lleva a cabo. Sé que Spinoza escribe en *Ethica more geometrico demonstrata* que cuanto más se hace más se es. Pero si esto se toma al pie de la letra puede volverse muy peligroso.

De hecho, el significado de una acción simbólica es mucho más amplio que mi yo que cumple la acción. Si la acción simple y únicamente me representara, entonces yo no podría descubrir en ella rastros de infinito, una trascendencia que me remitiera a vínculos con lo real que se abrieran en ese momento. Momentos de lo real que yo no conociera.

Es muy importante notar que en los casos en los que uno se identifica con lo que hace y se imagina ser precisamente lo que se hace, uno se vuelve inconsciente.

En la cultura griega se decía que los dioses cegaban a aquellos que pecaban de *ubris*, es decir, de soberbia del yo. Un yo seguro de sí mismo hasta el punto de desafiar al cielo: se trata de un yo que se identifica con sus propias gestas. No acoge momentos de pasividad en su propio actuar. Entonces pierde los límites. Se equivoca, precisamente, en el sentido de errar: el de ir de un lado a otro a ciegas. En términos contemporáneos diría que el héroe se vuelve inconsciente, capturado por su propio hacer. Y es así como se pierde, extraviando los límites de su actuar.

Esto es evidente en los conflictos más duros en los cuales, llegados a cierto punto, se supera un límite y quien actúa no deja un poco de silencio para captar algún rastro de infinito en la acción conflictiva. Entonces el conflicto se ha convertido en un cuerpo a cuerpo. En ese punto su yo se ha identificado con lo que se hace y la acción se vuelve inconsciente. Va camino de perdición, siguiendo sin quererlo un remoli-

no imparable.

Nótese cómo el silencio interior está en sintonía con los momentos de pasividad que hacen captar el infinito en la actuación. Y, paradójicamente, captar el infinito permite precisamente tener sentido del límite.

Hasta aquí he hablado de acción simbólica. Sin embargo, estoy convencida de que cuanto más "se actúa" la acción como un proceso significativo por sí mismo, en el cual se cultivan verdades de uno mismo en relación con el mundo, más asume el lenguaje una verdadera importancia.

También el lenguaje puede ser visto simplemente como un instrumento para hacer proyectos que realizar más adelante. El esquema predominante, que más o menos todos tenemos en mente, es que se proyecta con el lenguaje y que luego la acción entra en juego como instrumento de concreción.

Hasta aquí hemos visto lo que es un actuar que acoge e integra la finalidad por la cual actúa en un proceso mucho más amplio en el que es preciso captar lo imprevisto. Esta liberación de la acción, que de instrumento pasa a ser significativa por sí misma, tiene como efecto el ver que también el lenguaje puede ser no sólo instrumento, sino también algo más. De instrumento, o sea, básicamente "no lugar" –algo que se usa y luego se tira– el lenguaje se puede transformar en "lugar" donde acontecen descubrimientos. Es entonces que el lenguaje es lugar simbólico, en el cual acontece un intercambio con la realidad de la cual se habla, acontecen transformaciones y cambios políticos.

Siempre me ha impresionado cómo Walter Benjamin había afrontado esta cuestión en una carta de 1916, afirmando que la liberación de la acción implica la liberación del lenguaje. Así pues, el lenguaje asume toda su importancia política como lugar donde acontece la política y no como medio para partidos políticos únicamente llenos de buenas intenciones.¹¹ A Benjamin, sin embargo, le faltaba una concepción articula-

da de un actuar libre y político.

En cambio, he encontrado en la política de las mujeres una expresión muy rica de lo que es el actuar simbólico en su valencia de práctica política. No es una casualidad que precisamente en la política de las mujeres se haya elaborado paralelamente una concepción del lenguaje simbólico visto como lugar en el que hay intercambio con lo real.¹²

notas:

1. Cfr. Françoise Doito, *L'immagine incoscienza del corpo*, París, Seuil, 1984, pp. 375-376.

2. Cfr. AA.VV., *Diotima. El perfume de la maestra*, Icaria, Barcelona, 2002.

3. Donatella Franchi ha hablado de la importancia de las relaciones con respecto a la obra en el hacer de las artistas en una conferencia que tuvo lugar en la Universidad de Verona el 13 de diciembre de 2001.

4. Sobre el tema del actuar, donde hay descubrimiento de lo inaudito, hago referencia a dos textos míos: Chiara Zamboni, *L'inaudito*, en AA.VV., *Diotima. Mettere al mondo il mondo*, La Tartaruga, Milán, 1990, pp. 9-24 (traducción española: *Ead., Lo inaudito*, en Diotima, *Traer al mundo el mundo*, Icaria, Barcelona, 1996, pp. 23-39) y en Chiara Zamboni, *L'azione perfetta*, Centro Virginia Woolf B, Roma, 1994.

5. Sobre el tema del ir y venir entre lo público y lo privado, entre lo visible y lo invisible de las mujeres durante la historia véase AA.VV., *Diotima. Approfittare dell'assenza. Punti di avvistamento sulla tradizione*, Liguori, Nápoles, 2002.

6. Cfr. María Zambrano, *Filosofía e poesía*, trad. it. de Pina De Luca, Pendragon, Bolonia, 1998.

7. Sobre el tema de la aceptación de la necesidad como pasaje a otro plano de la realidad léase Simone Weil, *Quaderni*, vol. 2º, a cargo de Giancarlo Gaeta, Adelphi, Milán, 1985, pp. 232-235.
8. Cristina Faccincani, *Il pensiero della esperienza*, en AA.VV., *Diotima. Il profumo dell'esperienza*, Liguori, Nápoles, 1999, p. 119. Publicado en España con el título *Diotima, El perfume de la maestra*, Barcelona, Icaria, 2002).
9. Sobre la política de la autoconciencia en Italia léase el diario de Carla Lonzi: *Taci, anzi parla. Diario di una femminista*, Scritti di Rivolta femminile, Milán, 1978.
10. Sobre el paso de la práctica de la autoconciencia a la práctica del inconsciente, léase Libreria delle donne di Milano, *Non credere di avere dei diritti*, Rosenberg & Sellier, Turín, 1987, pp. 32-50
11. Cfr. Walter Benjamin, *Lettera a Buber. 1916*, en *Id.*, *Lettere 1913-1940*, tr. it. De Anna Marietti y Giorgio Backhaus, Einaudi, Turín, 1978, pp. 23-25.
12. Para comprender una concepción política del lenguaje donde acontecen descubrimientos para un intercambio con lo real, léase Libreria delle donne di Milano, *E accaduto non per caso*, Sottosopra, enero 1996, en particular la sección *Il sole che ride*.